

Carta de Norteamérica de nuestro enviado especial

UN DESLIZ DE BLASCO IBÁÑEZ

Antonio Heras

Blasco Ibáñez sigue cosechando en América del Norte triunfos tan grandes como merecidos. En el interés creciente que a los Estados Unidos inspira hoy la vida y literatura españolas, tiene no pequeña parte el admirable autor de *La barraca*, Pero últimamente, con unas declaraciones absurdas o intempestivas, Blasco Ibáñez ha cometido una ligereza verdaderamente lamentable.

En un Club, ante un grupo de admiradores suyos allí reunidos, el ilustre novelista valenciano se permitió hacer ciertas manifestaciones sobre la vida matrimonial norteamericana. Las palabras de Blasco (o las que se le atribuyen, pues él niega que dijera tal cosa) son realmente absurdas e indiscretas. Sus manifestaciones tuvieron carácter íntimo –«informal», como por acá se dice–, y fueron hechas, sin duda, en un instante de buen humor y franca y expansiva cordialidad.

Según se cuenta (pues él se considera demasiado caballero para haber lanzado tales despropósitos), entre otras cosas no menos pintorescas, dijo que el marido norteamericano siente miedo a su esposa...; que las mujeres de este país están ya cansadas del trato demasiado dulce que reciben, y desean un hombre más enérgico y dominador...; que en la sociedad actual, como en las primitivas, la mujer debe permanecer encerrada en casa, mientras el hombre se entrega al duro combate por la vida.

Tales palabras, en un pueblo latino, habrían sido acogidas como una humorada más o menos ingeniosa. Escuchamos todos los días –de propios y extraños– paradojas mucho mayores, que nos hacen reír un momento y son olvidadas al punto. Estos inocentes desahogos, que entre nosotros son prueba casi siempre de franca y simpática camaradería, aquí suelen tomarse en serio y resultan demasiado chocantes. En espíritus de este pueblo, para quienes la reserva es una virtud y toda indiscreción un enorme pecado, han debido de producir no pequeña estupefacción las palabras de Blasco.

Ciertas o no, tales declaraciones hoy se repiten por todo este inmenso país, inspirando, como es natural, comentarios poco halagüeños. Los periódicos, estos periódicos enormes, ansiosos siempre de información y de notas sensacionales que convierten un grano de arena en una montaña, se han apoderado de ellas. Algunos tratan a nuestro gran escritor muy duramente. *The Minneapolis Morning Tribune* ha llegado a decir que si Blasco Ibáñez, en lugar de ser un embajador literario, fuese un embajador político, habría llegado el momento de expedirle los pasaportes.

Aquí se admira y aplaude a quien lo merece; pero, al mismo tiempo, no se perdonan los más pequeños deslices, ni aun a los grandes hombres.

Minneapolis, marzo de 1920